

ALCANZANDO LOS MUNDOS SUPERIORES (Páginas 332-337)

37. ENTENDIENDO NUESTRA VERDADERA NATURALEZA

Para alcanzar la meta de la Creación necesitamos sentir un hambre, sin la cual no podemos saborear toda la profundidad de los placeres que son enviados por el Creador, y sin la cual no podemos satisfacer al Todopoderoso. Por lo tanto, es crucial corregir el egoísmo. Esto nos permitiría experimentar el placer en favor del Creador.

En épocas de miedo, debemos entender la razón por la que el Creador nos envía estos sentimientos. No hay ninguna fuerza o energía que gobierna en el mundo excepto el Creador; ningún enemigo, ni fuerzas oscuras. Más bien, es el Creador Mismo el que forma en nosotros sensaciones de ese tipo, con la intención de que nos preguntemos por qué sentimos eso tan de repente.

Entonces, como resultado de nuestra búsqueda, seremos capaces, con el esfuerzo de la fe, de decir que el Creador Mismo nos envía esto. Si después de todos nuestros esfuerzos, nuestro temor no cede, debemos interpretarlo como un ejemplo del grado en el cual debemos experimentar el temor de la grandeza y el poder del Creador. Al mismo grado en que nuestros cuerpos son sacudidos por una fuente imaginaria de temor en nuestro mundo, así debemos estremecernos por temor del Creador.

¿Cómo podemos determinar con precisión en qué estado espiritual nos encontramos? Cuando nos sentimos confiados y felices es, por lo general, el resultado de tener fe en la fuerza personal y, por lo tanto, no de sentir que necesitamos del Creador. Este estado implica que, de hecho, estamos totalmente sepultados en las profundidades de nuestro propio egoísmo y distanciados del Creador.

Por otra parte, cuando nos sentimos totalmente perdidos y desamparados, experimentamos una necesidad apremiante de ayuda del Creador. En ese momento, entramos a un estado mucho mejor con respecto a nuestro propio bienestar.

Si después de habernos esforzado realizamos un acto que parece ser *bueno*, y como consecuencia experimentamos un sentimiento de satisfacción con nosotros mismos, caemos inmediatamente presos de nuestro propio egoísmo. No nos damos cuenta que es el Creador el que nos dio la posibilidad de realizar un acto de bondad; por lo tanto, al sentirnos bien respecto a nosotros mismos, sólo aumentamos nuestro egoísmo.

Si nosotros, día tras día, nos esforzamos en nuestros estudios, y en nuestros pensamientos tratamos de volver a la meta de la Creación, y aún sentimos que no entendemos nada, y que tampoco nos hemos corregido en alguna medida, y si en nuestros corazones reprochamos al Creador por el estado en el cual estamos, entonces nos alejamos aún más de la verdad.

Tan pronto procuremos dirigirnos hacia el altruismo, nuestros cuerpos y nuestra razón se sublevaran de inmediato en contra de tales pensamientos, y de cualquier manera posible intentan desviarnos de este sendero. Centenares de pensamientos, excusas y tareas urgentes aparecen inmediatamente, puesto que el altruismo, es decir, cualquier cosa no conectada con cierta clase de beneficio para el cuerpo, no es detestable. No es posible para nuestro intelecto soportar tales aspiraciones ni siquiera por un momento, y son suprimidas sin demora.

Por lo tanto, los pensamientos sobre la anulación del egoísmo parecen ser muy difíciles y no dentro del poder humano. Si, en cambio, no se perciben como tal, indica que en alguna parte profunda dentro de ellos, se oculta cierto beneficio para el cuerpo, el cual nos permite pensar y actuar de cierta manera, engañándonos al pensar que nuestros pensamientos y nuestros actos son altruistas.

Así, la mejor prueba para determinar si un pensamiento dado o una acción son el resultado de una preocupación por uno mismo o producto del altruismo es la siguiente: ¿Permiten el corazón y la razón sostener de alguna manera ese pensamiento, o incluso hacer algún pequeño movimiento con base a eso? Si logramos conciliarlos, entonces es la auto-decepción, no el altruismo verdadero.

En el momento que nos concentramos en pensamientos que no concuerdan con las necesidades corporales, de inmediato surgen preguntas como: «¿Para qué necesito esto?», y «¿quién se beneficia de ello?». En tales situaciones, aunque sentimos que las barreras vienen del cuerpo (nuestro deseo de recibir placer), lo más importante para nosotros es descubrir en última instancia que no es el cuerpo el que plantea estas preguntas y nos prohíbe involucrarnos en cualquier cosa más allá de las limitaciones de sus intereses.

Esta es la acción del Creador Mismo. Él forma dentro de nosotros estos pensamientos y deseos, y no nos permite desprendernos de los deseos del cuerpo, y no hay nada aparte de Él.

Así como Él nos acerca más a Él, de igual manera Él Mismo coloca obstáculos en el sendero hacia Él, de modo que aprendamos a comprender nuestra propia naturaleza y podamos reaccionar a todo pensamiento y deseo nuestro durante nuestros intentos por liberarnos de ellos.

Indudablemente, tales estados pueden suceder solamente entre los que se esfuerzan por alcanzar las cualidades Divinas, y por abrirse paso dentro del mundo espiritual. A tales individuos el Creador envía varios obstáculos, los cuales son sentidos como pensamientos y deseos del cuerpo que los alejan de la espiritualidad.

Todo eso se hace para que podamos descubrir nuestro verdadero estado espiritual y la relación con el Creador. Para ver cuánto justificamos los actos del Creador a pesar de las objeciones de la razón, cuánto odiamos al Creador, quien nos quita todos los placeres de nuestras vidas –alguna vez llenas de maravilla y Luz–, y luego lanzadas hacia el abismo de la desesperación, porque el cuerpo ya no puede encontrar ni siquiera una pizca de placer en los estados altruistas.

A nosotros nos parece que es el cuerpo el que se opone, y no el Creador Mismo que actúa sobre nuestros sentimientos y razón, dándonos pensamientos y emociones que se reciben ya sea positiva o negativamente. El Creador Mismo forma las respuestas específicas del corazón y de la mente a fin de instruirnos, y para familiarizarnos con nosotros mismos.

Una madre que instruye a su bebé le muestra algo, le deja probarlo, y se lo explica inmediatamente. De manera similar, el Creador nos muestra y nos explica sobre nuestra verdadera actitud hacia la espiritualidad, y sobre nuestra inhabilidad de actuar de forma independiente.

El aspecto más difícil del ascenso espiritual es el hecho que dentro de nosotros existen dos opiniones, dos fuerzas, dos metas, dos deseos, los cuales, en su totalidad, colisionan constantemente. Incluso con respecto a la meta de la Creación: por un lado, debemos alcanzar la unidad en nuestras cualidades con respecto a las del Creador, sólo así, por otra parte, engendraríamos un solo deseo de alejarnos de todo en favor del Creador.

Pero el Creador es totalmente altruista y no tiene necesidad de nada, anhelando solamente que experimentemos placer absoluto. Esa es Su meta en la Creación. Sin embargo, estas metas parecen contradictorias; primero, debemos entregar todo al Creador, y de manera simultánea ser gratificados y lograr el placer definitivo.

La respuesta a esta aparente contradicción es que una de ellas no es la meta sino que un medio para alcanzarla. Primero, debemos llegar al estado en el cual todos los pensamientos, los deseos y las acciones están situados fuera de los límites del egoísmo, cuando ya son totalmente altruistas, solamente «en favor del Creador». Pero debido a que no hay nada en el universo aparte del hombre y el Creador, todo lo que cae fuera de los límites de nuestros cinco sentidos (el cuerpo) es automáticamente del Creador.

Una vez que hayamos logrado la corrección de la Creación, es decir, la congruencia de nuestras cualidades personales con las del Creador, entonces comenzamos a captar la meta de la Creación, a recibir el placer ilimitado del Creador, ilimitable por los límites del egoísmo.

Antes de la corrección, poseemos solamente el deseo por la satisfacción egoísta. Mientras vamos progresando en nuestra propia corrección, comenzamos a favorecer el deseo de dar todo por el deseo de recibir placer para nosotros mismos.

Sin embargo, en esta etapa todavía somos incapaces de recibir placer del Creador.

Solamente al terminar el proceso de auto-corrección podemos comenzar a recibir el placer ilimitado, no para nuestro propio egoísmo, sino para la meta de la Creación.

La gratificación que recibimos no para nuestro propio egoísmo, no genera sentimientos de vergüenza, porque al recibir, captar, y percibir al Creador, estamos felices por el placer que Él recibe. Por lo tanto, cuanto más recibimos del Creador y estamos satisfechos con Él, más felices estamos por el hecho que, como resultado de esto, el Creador experimenta placer.

Podemos hacer una analogía entre la luz y la oscuridad en nuestro mundo, refiriéndonos a las percepciones de la Luz espiritual y la oscuridad (día y noche). Esta es la sensación de la presencia o ausencia del Creador y de Su supervisión; o la *presencia o ausencia del Creador* dentro de nosotros mismos.

En otras palabras, si hubiésemos pedido algo del Creador y lo recibiríamos inmediatamente, esto se denotaría como *Luz*, o *Día*. Pero si estamos plagados de dudas sobre la existencia del Creador y Su dirección del universo, esta situación se llama *oscuridad*, o *noche*.

Para expresarlo mejor, la ocultación del Creador se conoce como *oscuridad*, debido a que suscita dudas y pensamientos incorrectos en la persona, lo cuales son sentidos por ella como la oscuridad de la noche.

Nuestra meta verdadera no debería ser percibir al Creador y captar Sus acciones, ya que esto, en sí mismo, es un deseo puramente egoísta. El ser humano no podría soportar el enorme placer resultante de las percepciones logradas y retornaría al estado egoísta.

El objetivo real debería ser el deseo de recibir del Creador la fuerza necesaria para proceder en contra de los anhelos del cuerpo y de la mente; es decir, alcanzar una fe que sea mayor que el intelecto humano y los deseos corporales. Habiendo captado y percibido al Creador y a Su absoluto dominio benevolente, así como Su poder en toda la Creación, deberíamos optar por no ver al Creador en toda Su gloria, porque esto socavaría nuestra fe.

En su lugar, debemos proceder en virtud de nuestra fe y en contra de los deseos del cuerpo y del intelecto humano. Todo lo que podemos desear es la fuerza para creer en Él y en Su Dominio del universo. La posesión de tal creencia se conoce como *Luz*, o *Día*, debido a que podemos empezar a recibir placer sin temor, estando libres de los deseos del cuerpo, y sin ser esclavizados por nuestros cuerpos y nuestra razón.

Cuando alcanzamos esta nueva naturaleza, es decir, cuando somos capaces de realizar actos al margen de nuestros deseos corporales, el Creador nos da placeres de Su Luz. Si la oscuridad descende sobre nosotros, y no sentimos ninguna alegría por el trabajo de lograr lo espiritual, ni la capacidad de sentir una relación especial con el Creador y de sentir temor y amor por Él, entonces tenemos solamente una alternativa: el llanto del alma.

Debemos implorar al Creador para que tenga misericordia por nosotros y quite la nube negra que obscurece todos nuestros sentimientos y pensamientos, ocultando al Creador de nuestros ojos y corazones. Esto es porque el llanto del alma es la oración más poderosa.

Cuando nada puede ayudarnos, cuando estamos convencidos de que todos nuestros esfuerzos, conocimiento, experiencia, actos físicos y esfuerzos son inadecuados para ayudarnos a entrar al Reino Espiritual Superior; cuando sentimos con todo nuestro ser que hemos agotado todas las posibilidades y todas las energías, sólo entonces nos damos cuenta que únicamente el Creador nos puede ayudar; solamente entonces llegamos a suplicar al Creador y rogarle por la redención personal.

Pero antes de este momento, ninguna dificultad ajena nos inducirá a que supliquemos al Creador de manera genuina y desde el fondo de nuestros corazones. Solamente cuando sentimos que todas las opciones ante nosotros ya se han cerrado se abrirán las *puertas de las lágrimas*, de modo que podamos entrar en el Mundo Superior, la morada del Creador.

Debido a esto, después de haber probado todas las posibilidades para lograr el ascenso espiritual por nosotros mismos, un estado de oscuridad absoluta descenderá sobre nosotros. Sólo hay una escapatoria, nada más el Creador nos puede ayudar. Pero al permanecer en el quebranto del *yo* egoísta, mientras todavía no hayamos alcanzado la percepción de que hay una Fuerza que nos guía y nos dirige, mientras aún no hayamos sido curados por esta verdad, y no hayamos llegado a ese estado, nuestros cuerpos no nos permitirán suplicar al Creador.

Y debido a esto, estamos obligados a hacer todo dentro de nuestras posibilidades, y no esperar un milagro desde lo Alto. Esto no es porque el Creador no desea tener piedad de nosotros y está esperando un «límite de resistencia».

El motivo es que cuando ponemos a prueba todas nuestras opciones, adquirimos experiencia, comprensión y percepción de nuestra propia naturaleza. Los sentimientos por los cuales hemos atravesado son necesarios, porque es mediante ellos que recibimos y sentimos la Revelación de la Luz del Creador y del Intelecto Superior.